

Capitan general publicó varios bandos excitando á los pueblos á tomar las armas contra los defensores del absolutismo, designando en ellos como punto de reunion para los patriotas que respondieran á su excitacion, la villa de Mallen, donde encontrarían beneméritos oficiales que se encargarían del alistamiento é instruccion militar de los voluntarios.

Inspirándose en una política sensata á la par que enérgica, el Capitan general recomendaba el orden á los aragoneses y amonestábalos acerca de la inconveniencia de promover disturbios y gritos de proseripcion, que, sin amedrentar al enemigo, enajenaban las simpatías del pacífico vecindario, manifestaciones que debían reservarse para los campos de batalla.

Difficil era que la sana doctrina de la que se hacia órgano el Capitan general fuera escuchada y produjese los saludables efectos que hubieran sido de esperar en circunstancias menos excepcionales que las en que iba á entrar la España liberal. En Madrid como en las provincias ardía el fuego de una febril impaciencia; el ansia de la revancha contra la larga dominacion absolutista habia llegado á su apogeo, y cual volcan subterráneo que alimenta la próxima erupcion, el espíritu público montado hasta el paroxismo, preludiva con provocaciones é insultos contra los sospechosos de ser enemigos de la libertad, á la larga serie de pronunciamientos revolucionarios, de los que tendremos en breve que ocuparnos.

Los carlistas de Aragon, llenos de entusiasmo por el incremento que recibían sus filas, al paso que estimulados por los triunfos de sus compañeros del Norte, corrían presurosos á engrosar las huestes de Cabrera, habiendo llegado el caso de tener este que armar á sus reclutas con palos, picas y lanzas por falta de fusiles.

Satisfecho debia hallarse el jefe de la insurreccion del Maestrazgo del incremento que tomaban sus partidas y sobre ello fundaba la lisonjera esperanza de futuros triunfos, cuando los cortesanos del Pretendiente, á quienes ya causaba celos la superioridad de aquel aventajado jefe, propusieron cortar tambien los vuelos á la popularidad que entre los suyos habia alcanzado Cabrera, é hicieron suscribir por don Carlos en Iturmendi un decreto que prescribía la separacion de los mandos en Aragon y en las provincias del Este y la consiguiente separada é independiente jefatura de cada uno de los partidarios que habian levantado gente; medida absurda y contraria al interés de la causa carlista, porque venia á paralizar el desarrollo que Cabrera daba á sus operaciones, desarrollo que aun que entorpecido por aquel decreto, debia, merced á la iniciativa y al genio de aquel hombre enérgico y fecundo en ardidés, adquirir las proporciones que iremos viendo.

Aunque mortificado Cabrera en presencia de semejante decreto, dispúsose á cumplir sus prescripciones, manifestando á sus compañeros los demás jefes que habian cesado en la obligacion de obedecerle. Pero los cabecillas del Maestrazgo, conociendo lo perjudicial que era á los intereses de la causa el mandato régio, ofrecieron al hombre que en estricto derecho dejaba de ser su jefe, que se hallaban dispuestos á continuar bajo sus órdenes, oferta que no aceptó Cabrera, aunque mas tarde se reunió con su íntimo amigo Forcadell, que mandaba ochocientos hombres, y juntos se encaminaron á los montes de Cher á continuar la cruenta guerra que ardía en aquellas desoladas comarcas.

El mismo abatimiento en que se ha visto habian caido las facciones del Maestrazgo al emprender Cabrera su viaje á las provincias del Norte, experimentáronlo tambien por aquel tiempo las partidas carlistas de Cataluña. Mas no por hallarse desorganizadas dejaban de existir manteniendo latente el fuego de la insurreccion, circunstancia que unida á los disturbios que desde principios de aquel año alimentaban las divisiones entre los liberales, mantenía vivo el movimiento carlista que encontró acrecentado Llauder cuando á su salida del ministerio regresó á Cataluña con carácter de su capitan general.

Este jefe, que habia perdido gran parte del prestigio y de la popularidad que adquirió entre los liberales al estallar la guerra civil, tuvo empeño en recuperarlos y en reanimar el espíritu de los urbanos de las cuatro provincias, por ser esta la fuerza que mejor podia utilizarse contra las partidas. Fundó Llauder su sistema de represion en aumentar el número de los

puntos fortificados, que estableció en las líneas militares del Segre y del Llobregat, y en los demás puntos que mejor creyó corresponder á las condiciones topográficas del territorio de su mando: pero desconoció que destinando las fuerzas de que disponia para guarnecer los fuertes, de donde tenían orden de no salir las tropas que los custodiaban, no quedaban fuerzas bastante numerosas para componer columnas que amparasen á los pueblos, los que quedaban expuestos á las excursiones de los carlistas que con frecuencia entraban y salían en ellos, sacando de los mismos recursos y tambien reclutas casi á la vista de las guarniciones encerradas en los fuertes.

De aquel estado de cosas aprovechábase Tristany, Ros de Eroles, Grau y Borges para sorprender á alguna de aquellas guarniciones, copar destacamentos de urbanos, cuyos individuos eran irremisiblemente fusilados, y saquear á mansalva á los pueblos, de los que rara vez dejaron de llevarse mas con los que engrosaban sus filas. No bastaron las medidas adoptadas por Llauder para remediar el incremento de las facciones, por mas que pusiese empeño en halagar á los urbanos y favoreciese la creacion de contraguerrillas de gente del país.

La mejorada fortuna que en la primavera de 1835 alcanzó el carlismo en el Norte y en el Maestrazgo, le cupo tambien en las provincias catalanas, Castilla la Nueva y Extremadura.

Los montes de Toledo, las vertientes del Guadiana y la sierra que divide Castilla de Extremadura y de la provincia de Ciudad-Real eran teatro de las excursiones de los cabecillas Galan, La Diosa, Perfecto y Jerónimo, quienes libremente entraban en los pueblos que no se hallaban fortificados y defendidos por sus urbanos, imponiéndoles todo género de exacciones, y rara vez se vieron libres de carlistas, los que acabaron por interceptar las comunicaciones normales entre Madrid y las provincias del Mediodía, habiendo sido mas adelante necesario, para limpiarlas de facciones, recurrir á la ocupacion militar de la Mancha Alta y Baja, y de la provincia de Toledo por el ejército de reserva que debia organizar mas tarde don Ramon María Narvaez. Pero en la época cuyos sucesos entran en el cuadro de los acaecidos en la primera mitad del año de 1835, los cabecillas Peco, Orejita y Mir, sintieron bastante fuertes para ejecutar golpes audaces, como lo fueron la entrada de Orejita en Andújar y la tentativa de Mir sobre Ciudad-Real, en cuyas calles penetró su gente. Perseguido el último de estos partidarios por don Luis Tenorio, y alcanzado en la sierra de Cambron, en la que el jefe carlista pudo presentar cuatrocientos hombres en línea, libróse un vivísimo combate ganado por Tenorio con fuerzas inferiores, resultado que fué de la mayor importancia para la causa de la Reina, toda vez que impidió que la faccion se apoderase de un convoy que custodiaba trescientos sentenciados á presidio, de los que los carlistas intentaban apoderarse para hacerlos ingresar en sus filas, accion la de Cambron que tambien produjo la importante ventaja de dar algun respiro á los pueblos de la Mancha. El partidario Mir, que era hombre de alguna instruccion, y que tomó las armas mas bien por conviccion que por espíritu de rapiña, habria probablemente dado mucho que hacer, á no haber sido muerto en un encuentro habido en las inmediaciones de Fuente del Fresno algunos dias despues de la accion que acabamos de citar. Su cadáver, conducido á Ciudad-Real, fué objeto de un escarnio muy poco digno de la causa en cuyo nombre se ejecutaba. Es la realidad, sin embargo, que ni la vecindad de la Mancha, ni la de las fragosidades de Sierra Morena, que tanto se prestaban á que el contagio del levantamiento hubiese cundido á las provincias de Andalucía, bastaron para dar pábulo á que en ellas se reprodujesen hechos de la especie de los que en mayor ó menor escala se estaban verificando en casi todo el territorio de la monarquía. Efémeras y fugaces fueron las insignificantes tentativas que para levantar y mantener en campaña partidas carlistas hicieron algunos aventureros oscuros que, alzados en las provincias de Jaen, Granada y Málaga, sucumbieron apenas se movieron, merced á la persecucion de las columnas y tambien á la indiferencia de los pueblos.

Algo de mas serio aunque de poca duracion, tuvo el movimiento iniciado en Extremadura, y en el que figuró el ya

citado Mir. En los primeros meses de aquel año las facciones de dicho jefe y la de La Diosa en union de Chaleco, Perfecto y Jara, recorrieron los pueblos de la comarca de Guadalupe y aun se atrevieron á hacer frente á una columna mandada por el activo jefe Abecia, pero fueron de corta duracion las intenciones de aquellas partidas, que al fin buscaron refugio en las asperezas de los montes fronterizos de Extremadura, de los que salían á expediciones depredadoras de la misma especie que las que señalaron el brigandaje de Palillos y sus secuaces, cuyo perpetuo cuartel general lo fueron los montes de Toledo.

Aunque fuese grande el interés que tenían los carlistas en mantener vivo el fuego de la rebelion en una provincia limítrofe á Portugal como lo era la de Cáceres, el general Carratalá á quien fué confiado el mando militar de Extremadura, acertó á levantar el espíritu de los naturales de un país cuya poblacion, compuesta de numeroso vecindario, tenía interés en sustraerse á las depredaciones de los carlistas, por lo que el país se prestó á secundar las providencias de Carratalá dirigidas á la buena organizacion de la milicia urbana, la que en gran manera contribuyó á alejar de aquellas provincias los horrores de la guerra civil.

Grandes fueron los esfuerzos del carlismo para organizar en las provincias gallegas un formidable levantamiento, en favor del cual contaban con numerosos partidarios y con jefes muy resueltos, no pocos pertenecientes al estado eclesiástico.

Afortunadamente para la causa de la Reina la decision de los liberales de aquel país fué tan enérgica, que contra ella vino á estrellarse la actividad de los corifos carlistas.

En febrero militaban en las filas de la rebelion, las partidas de Villaverde y su hermano el arcedian de Mellid, las de Sanchez y Balmaseda; la de Lopez en la comarca de Santiago, cuyo principal intento fué el de oponerse á que se llevase á efecto la quinta ordenada por el gobierno. En el mes siguiente Sarmiento y el cura de Jul y mas tarde el de Paradela en union con el ex-capitan de realistas don José Martinez, fraguaron una conspiracion abortada que costó la vida á sus autores. Poco despues el ex-canónigo de Santiago don Francisco María Gorostidi que se titulaba comandante general de Galicia, salido á campaña fué derrotado por los urbanos y la tropa en el monte Cabana, teniendo la mala suerte de caer prisionero y de pagar con la vida su sacrilega tentativa. Igual suerte cupo á Fray Antonio de Besa en el mes siguiente y la misma á los partidarios Mato y Viñas (a) el *Capador*, hombre sanguinario cuya desaparicion fué sabida con regocijo por los pueblos que fueron víctimas de sus maldades.

No tuvieron mejor éxito las partidas de Perez y de Rosendo, las que habiendo pasado el Sil se atrevieron á atacar la villa de Castro-Caldelas, bizarramente defendida por los urbanos de la misma, á los que se unieron en persecucion de los agresores los milicianos de Tribes, Lazona, Valdeorras y Quiroga, los que persiguiendo en su retirada á los carlistas los derrotaron, pereciendo el jefe en la pelea, cayendo gran número de prisioneros y teniendo los que no lo fueron que buscar su salvacion en la huida.

Compréndese la insistencia con la que tantas víctimas obcecadas se prestaron al sacrificio atendida la importancia que don Carlos daba á efectuar un alzamiento general en Galicia, á cuyo mando destinó al general don Vicente Gonzalez Moreno, dándole por comensal al baron Manuel Kerveno del Chillon y autorizando á un francés llamado Ranes de Gardonne para contratar un empréstito de dos millones de francos, pagadero seis meses despues de sentado que se hubiese don Carlos en el trono y á cuyo saneamiento hipotecaba las Aduanas de Cádiz y de la Coruña.

Con fecha 27 de marzo el ministro del Pretendiente Cruz Mayor dirigía al arzobispo de Santiago Fr. Rafael de Velez, un decreto fechado en Zúñiga por el que dicho prelado era nombrado presidente de una junta gubernativa de Galicia, de la que debían ser vocales el general Grimarés, el de igual clase marqués de Robeda, el arcedian de Mellid don Juan Martinez, don Ramon Pedrosa y Andrade y don José Arias

Tejeiro, decreto por el que se otorgaban á dicha junta los mas amplios poderes para levantar fondos y empréstitos forzosos, los que solo debían recaer sobre los desafectos á la causa del Pretendiente. Y tan tenaz era el empeño de este en que Galicia fuese uno de sus campos de batalla predilectos, que no desengañado de que nada hubiese podido hacer en beneficio de su causa la junta presidida por el arzobispo de Santiago, nombró otra revistiéndola de las mismas facultades y confiando el mando de un ejército que no existía á Gonzalez Moreno, á quien no tardó sin embargo en llamar don Carlos cerca de su persona al ver que nada sustancial podia esperar de Galicia.

Al finalizar el año de 1834 dejamos al cura Merino guarecido en los pinares de Soria, donde permanecía en los primeros meses del siguiente, principalmente ocupado en instruir á sus reclutas con el doble objeto de guardar cerca de sí á los que mas confianza le inspirasen y de enviar los demás á las provincias del Norte; pero el general Azpiroz, que mandaba las fuerzas en su persecucion, sorprendió en Huerta del Rey un destacamento del cura guerrillero, y aunque logró batirlo, hicieron los carlistas cara á los cristinos recibiendo sus ataques á la bayoneta; conducta de parte de los suyos que consolidó á Merino al verlos regresar derrotados á sus guardias. Con su gente algun tanto fogueada, quiso aquel volver á tentar la suerte de las armas, y en los últimos dias de abril presentábase delante de Azpiroz á las inmediaciones de Espumargó, encuentro al que siguió un rudo combate del que sin embargo no salieron airosos los carlistas, los que de nuevo buscaron refugio en las espesuras de la sierra. Mas como por entonces reunía el marcial presbítero una fuerza de mil hombres, quiso intentar con ella un golpe atrevido, y al amanecer del 30 de mayo asaltaba el pueblo de la Roa. Mas sus urbanos, electrizados por Arroz su administrador de Rentas, opusieron una tenaz resistencia que frustró los depredadores proyectos del invasor, el que irritado de una defensa que no habia seguramente previsto de parte de un pueblo que pocos años antes se habia deshonrado por su fanatismo realista y su salvaje crueldad contra su valiente y benemérito compatriota el *Empevinado*, entregó á las llamas las casas de la Roa, sin exceptuar su iglesia parroquial incendiada por las consagradas manos del cura guerrillero.

Otra accion tuvo lugar el dia 3 de junio entre Merino y la columna de Mir, encuentro que aunque tampoco fué decisivo, costó á los carlistas cien hombres y valió á los liberales el rescate de los rehenes capturados en Ontoria y en Roa.

No se daba sin embargo por vencido el infatigable cura, y para ponerlo fuera de combate no bastó la accion por él perdida en Torre Galindo el 25 de julio, sino que hubieron de destinarse á su activa persecucion fuerzas que alternativamente mandaron Ramirez, Linage, Narvaez, Hoyos, Obregon y Albuin, y el coronel Peon, honradísimo y docto liberal, al que en la emigracion se habia dado el sobrenombre del *Coronel latino*.

La última accion que sostuvo Merino fué la de Palazuelos, de la que salió herido, accidente seguido de otro que todavia puso en mayor peligro la vida del guerrero eclesiástico. Recibió un par de coces de su propio caballo que lo estropearon, en términos que lo obligaron á buscar un seguro asilo para ponerse en cura, asilo que encontró en una casa no lejana de Lerma, en la que permaneció oculto y fielmente guardado hasta que al comenzar del siguiente año se encaminó á Oñate, donde fué recibido con agasajo por su rey, quien lo retuvo á sus inmediatas órdenes.

La fuerza que quedaba á Merino en Palazuelos reducida á doscientos caballos, la despachó al siguiente dia de aquella para él desastrosa jornada, en direccion de las provincias Vascongadas, confiando su gente al mando del Rojo de Puenteduro que venia siendo su segundo desde la muerte de Nieto. La fuerza al mando de este franqueó sin accidente el Ebro, quedando á consecuencia de la desaparicion de los restos de las facciones levantadas por Merino, pacificada Castilla por algun tiempo.

## DOCUMENTO NUM. I

DATOS RELATIVOS Á LA IMPUTACION HECHA Á DON RAMON CABRERA DE HABER SIDO CAUSANTE DE LA APREHENSION Y FUSILAMIENTO DE CARNICER.—OPINION DE LOS SRES. CABELLO Y SANTA CRUZ, AUTORES DE LA «HISTORIA DE LA GUERRA DE ARAGON Y CATALUÑA.»

«La opinion pública y cuantos sirvieron á las órdenes de aquel—Carnicer—señalaron á Cabrera como su asesino. Carnicer carlista tolerante y Cabrera apostólico furibundo: Carnicer valiente pero humano: Cabrera sanguinario y feroz: Carnicer que no desenvainaba su espada sino en el campo y Cabrera que se gozaba en ensangrentarla con los rendidos. El primero jefe rígido y disciplinista y el segundo subalterno díscolo no podían ser amigos. El que denostó la conducta y las disposiciones de sus jefes en la accion de Mayals: el que se sublevó en Castejoncillo porque no eran fusilados todos los prisioneros, aun despues de haber recabado que lo fueran los nueve nacionales y soldados que se defendieron en una casa: el que en público y en particular prometia á sus compañeros ascensos y proteccion para el dia de su mando: el que habló tan mal de Gomez á la vista de Requena y en Villarrobledo hasta que se le desertó en Extremadura: el que conspiró contra Quiles vencedor en Terer, en las Cabrillas y en Bañon: el que persiguió de muerte á Cabañero que le ofreció la entrada y posesion de Cantavieja despues de haberlo buscado en Almazan y llevádole herido á sus guaridas, no ha debido extrañar que se le señalara entre sus enemigos y parciales, como el pérfido traidor que vendió á Carnicer, avisando á las autoridades del gobierno la ruta que llevaba á Navarra y el disfraz con que se enucubria. Conocemos, es muy amigo nuestro el alcalde que dió estas noticias de Teruel y Zaragoza; y si bien no hemos querido ni intentado siquiera arrancarle este secreto porque conocemos su probidad, sabemos que la recibió del pueblo de Palomar el mismo dia que estaba en él Cabrera. Seria infundada la creencia, seria una impostura; pero entre los facciosos, creció hasta el punto de prohibirse hablar de tal suceso. Hallándose Cabrera en Camarillas el 16 de febrero de 1836, á la misma hora que su madre era fusilada en Tortosa, fusilaba él á Cristóbal Sebil de Alcoriza, hermano de uno de los que acompañaban á Carnicer, porque tuvo la indiscrecion de decir que este habia sido vendido por Cabrera. Tal rigor produjo, como era natural, el efecto contrario que queria; pues aunque pretextó que lo fusilaba por otras causas, como sus soldados sabian que eran falsas, se afirmaron mas en la sospecha que difícilmente podrán desvanecer los parciales y admiradores de este cabecilla.

»El traje á Carnicer la orden de Cárlos V para que se presentara en Navarra y á pretexto de que los capitanes Sebil y García conocian el Terreno, particularmente el último que acababa de llegar con él de aquella provincia, le aconsejó que le acompañase. Tendrian ó no parte estos dos capitanes en la prision de Carnicer, pero es lo cierto que á pesar de no darse aun cuartel en Navarra porque no se habia ajustado el tratado de Elliot, no fueron fusilados como su jefe y por el contrario canjeados muy pronto. Esta calumnia si realmente lo es, debia ser rechazada por Cabrera de todas maneras y en cualquier lance y posicion, y sin embargo que Cabañero se la echó en cara delante de muchas personas en la Iglesia, lo sufrió muy resignadamente sin acordarse que ceñia una espada.

»Cabrera temia siempre las asechanzas de sus émulos y cuando pernoctaba en los montes, cambiaba el sitio que habia elegido para dormir despues que los demás estaban acostados; y habiendo dispuesto una noche en los términos de Alarcon que un soldado se echase en la cama que los demás creian era para él, este soldado fué asesinado de un pistoletazo. Cabrera estaba aquella noche en el campamento...

»Basta á nuestro propósito haber dicho lo que se pensó en el país y entre los facciosos.»

## DOCUMENTO NUM. II

OPINION DEL SR. CÓRDOVA, AUTOR DE LA «VIDA DE CABRERA»

«Mientras en el campo de Cabrera tenian lugar los sucesos

hasta aquí mencionados, Carnicer disfrazado de arriero seguia su viaje á Navarra; y es preciso consignar aquí algunas particularidades de este viaje, por haberse dicho que Cabrera envió un anónimo á las autoridades de la Reina denunciando el itinerario y el disfraz de Carnicer. Aunque no se ha dado ninguna prueba de esta imputacion y siempre se ha calificado de simple sospecha, existen datos y razones que demuestran la inexactitud de un hecho tan vil y horroroso que haria abominable la memoria de Cabrera, aun á sus mas ciegos partidarios y admiradores. Dos motivos podian obligarle á cometer esta alevosía, la ambicion ó la venganza. Se ha visto ya que Carnicer le invitó desde su principio con el mando y lo rehusó; que Cabrera gozaba en el campo carlista mas prestigio y ascendiente que los demás jefes y sin embargo no se valió de estos elementos para sobreponerse á Carnicer; y que en la junta de Villarroya se mostró dispuesto á resignar su comandancia accidental en la persona que la misma junta nombrase. Tampoco podia tener Cabrera el menor resentimiento con Carnicer. Era este su amigo predilecto, le honraba con su confianza, le distinguía entre todos y acababa de darle una prueba de singular aprecio prefiriéndole á los coroneles mas antiguos. Esto bastaria para probar que ni la ambicion, ni la venganza, ni otra pasion innoble podian inducirle á proceder tan villanamente con Carnicer y envolver en su suerte al fiel García que le acompañaba. La captura de Carnicer fué ocasionada tan solo por su poca prevision ó por su infausta suerte. Mas de veinte personas vieron como salia de Ariño, acompañado de García, Sebil, Manero y Pedro Ibañez: en el camino encontraron á seis arrieros del mismo pueblo, é Ibañez se detuvo á hablar con uno de ellos; cerca de Ateca dijo Ildelfonso Oroz á García que habia conocido á Carnicer. Particularidades son estas que unidas á las que expresa el documento (refiérese á la siguiente declaracion) demuestran que no era un secreto el viaje de Carnicer y quizá indican la persona que le delató.... Su muerte aunque sentida en el mando de Cabrera, renovó la comprimida ambicion de Quiles y las esperanzas de algun otro jefe.»

## DOCUMENTO NUM. III

DECLARACION DEL OFICIAL QUE ACOMPAÑÓ Á CARNICER

Don Francisco García, brigadier de infantería, jefe que fué de la primera brigada de la segunda division del ejército real de Aragon, condecorado con varias cruces de distincion por acciones de guerra, etc. Bajo mi palabra de honor declaro: que en el año de 1835, hallándome de comandante de las tropas carlistas del Bajo Aragon, y teniendo que pasar á las Provincias Vascongadas y Cuartel real el digno brigadier de caballería don Manuel Carnicer, se me instó para que le acompañase, á lo cual me excusaba porque acababa de prestar igual servicio al Excmo. Sr. Conde de Morella, coronel en aquella época, pero convencido á las instancias de dicho Carnicer, por ser sujeto que apreciaba á causa de haber servido en guardias walonas y seguido despues de compañeros en la clase de capitanes de los reales ejércitos en la época del año 22, se dispuso nuestro viaje realizándolo en los términos siguientes.

Emprendida la marcha de la columna, á corta distancia se separó la infantería, y la caballería nos acompañó hasta las paredes de Josa: allí se mandó llamar á un tal Manuel que tambien habia servido con nosotros en guardias, sujeto de satisfaccion por los servicios que tenia prestados á la causa, y con él entramos en su casa, mandando la caballería á reunirse con el resto de la fuerza. En la casa de dicho Manuel se disfrazó de arriero Carnicer, que yo ya lo estaba; se mandaron llamar dos paisanos de Lesera nombrados Francisco Sebil y N. Manero, comandante de caballería en el tercer regimiento de Aragon el primero, y cabo de la misma el segundo, al tiempo de la emigracion: reunidos todos y en presencia de la mujer de dicho Manuel se trató de nuestro viaje, que emprendimos al dia siguiente, acompañándonos hasta Muniesa el citado Manuel con dos caballerías de su pertenencia, de donde se volvió á su casa y los cuatro pasamos á Lesera á parar en casa de una hermana de Sebil. En dicho pueblo se practicaron las diligencias para el pasaporte y se compraron tres jumentos:

Pedro Ibañez, arriero del citado pueblo y el nombrado Manero fueron á Ariño á comprar alumbres, y al dia siguiente tomamos el camino con nueve caballerías, el Ibañez, Manero, Carnicer y yo, saliendo de Lesera con tres ó cuatro horas de sol, á vista de todo el mundo, pudiendo asegurar que nuestra marcha incógnita era sabida en el pueblo de mas de veinte personas.

El mismo dia nos encontramos con seis arrieros de la misma poblacion que nos miraban con mucha atencion y el Ibañez se paró á hablar con un cuñado suyo que venia entre ellos. Al entrar en Ateca por insinuacion de Carnicer me separé para comprar dos navajas y á la salida, camino de Alema, hallé á Ildelfonso Oroz, de Calatayud, el cual me dijo habia conocido á Carnicer, que él le creia carlista por haber servido la otra época, y siendo sujeto de mi confianza por tener un hermano que habia servido en nuestras filas de caballería en la época de la anterior Constitucion y prometiéndome sigilo le descubrí el secreto, haciéndole varias preguntas sobre si habria inconveniente para reunimos á Merino, y diciéndome que no, nos separamos, me reuní á mis compañeros y seguimos para el Fresnillo. En la posada de este pueblo hallamos á don Joaquín Salbo, teniente de caballería que de incógnito y vendiendo jabon se hallaba allí curándose una herida: este nos dijo no habia que tener cuidado de los posaderos, pues eran de toda satisfaccion, y mientras que nosotros arreglábamos las caballerías, Salbo y Carnicer se separaron á hablar á solas. Al dia siguiente salimos del Fresnillo, unido á nosotros el Salbo á instancias de Carnicer: en Cerain se compró un macho que pagó Carnicer; Ibañez y Manero fueron á Burgos con sus reatas, llevando el encargo de comprar aparejos para el macho, y los tres, cada cual con su caballería, seguimos á la Ventilla. Allí trajeron los aparejos los arrieros y se volvieron para Burgos. En la Ventilla se habló á Carnicer para que nos dirigiésemos por Reinosa y que hablando con Villalobos ó Merino podia ser nuestro paso menos peligroso y no quiso. Antes de llegar á Pancorbo encontramos cuatro soldados de caballería y un cabo que iban echando mueras á Carnicer. Este seguia adelante montado en un macho y nosotros nos detuvimos á darles de beber. Al llegar al puente de Miranda de Ebro nos pidieron los pasaportes, y vistos, el centinela nos franqueó el paso hasta la caseta de carabineros, donde se nos pidieron segunda vez los pasaportes, diciéndonos no llevábamos autorizacion para pasar á provincias. Luego le preguntaron á Carnicer que qué tenia en la cara (pues con un parche y un pañuelo ocultaba un lunar), contestó que padecia una fluxion de muelas, á cuyo acto el oficial de carabineros le dijo sacando un oficio: *Descúbrete, niño, la cara, has venido á dar en las manos de tu mayor enemigo*; haciéndole al mismo tiempo una relacion del oficio que decia sustancialmente estas palabras: «Por uno de los vados del Ebro ó puente de Miranda de Ebro, deberá pasar Carnicer vestido de arriero con otro. *Vigilancia, vigilancia, redoblar la vigilancia.*» Acto continuo nos preguntaron si lo conocíamos, dijimos que no, pues se nos habia unido en el camino; á pesar de eso fuimos conducidos al cepo: luego trajeron un corneta que habia en guardias, llamado Morillo y le reconoció; en vista de lo cual fuimos conducidos á la presencia del comandante de armas, quien nos instó para que declarásemos conocer á Carnicer amenazándonos con la muerte, y contestamos siempre no conocerle. Fuimos conducidos al castillo y al dia siguiente, ó á los dos dias de fusilado Carnicer, me subieron al cuarto de banderas donde estaban los piquetes y religiosos franciscanos para auxiliarme y el gobernador me dijo que era inútil el negar, pues el compañero habia declarado que era capitán de la otra época y que habia estado en Ceuta por la causa del Rojo, visto lo cual confesé ser cierto. Interrogándome qué graduacion tenia en la actualidad, contesté que la misma que la época anterior. Seguidamente vino un escribano y diciéndome que declarase, porque el hombre en el artículo de la muerte debia ser verdadero, contesté que nada tenia que decir y que descubriria cuanto supiese despues de tener indulto de la Reina Gobernadora, motivo por el cual suspendieron la ejecucion, y subiendo acto continuo el corredor me preguntó si declararia si venia el perdon, y contestándole que sí, dijo iba á solicitarlo y me volvieron al cepo

junto á Salbo. A los pocos dias nos condujeron á Burgos y en Bribiesca se nos notificó el perdon y se nos dijo podíamos declarar ampliamente, reduciéndose mi declaracion á que Sebil y Manero eran encargados de llevar la pólvora á Ariño para la fabricacion de cartuchos á cargo de José Masipe y un tal Blesa, ya difunto entonces, que hacia de confidente á donde se le mandaba. Esta declaracion fué convenida con Salbo y citamos á dichos sujetos porque estaban comprometidos y avisados.

Fuimos conducidos á Burgos, donde permanecemos diez meses y dias, en cuyo intermedio nos pidieron nuevas declaraciones que no variamos. Conducidos á Vitoria en union de varios carlistas, venidos de la Coruña y el Ferrol, fuimos canjeados todos el 23 de enero de 1836. Esta misma relacion hice á S. M. en Oñate á mi presentacion despues de canjeado. Y por ser la verdad la firmo en Pau á 8 de julio de 1844.—Francisco García.

## DOCUMENTO NUM. IV

PARTE DE NOGUERAS INTERCEPTADO POR LOS CARLISTAS

*Comandancia general del Bajo Aragon.*—Excmo. Sr.—En los campos de Alloza he dado alcance á la faccion reunida de Cabrera, Quiles y Torner, en número de 400 ó 450 infantes y algunos caballos: el dia mas á propósito para concluir la faccion ha sido este; pero no es creible que Cabrera ni los suyos sean hombres, jamás he visto mas decision, valor ni serenidad; no es posible que las tropas de Napoleon hayan nunca hecho ni podido hacer una retirada por un llano de cuatro horas con tanto orden. Léjos de obtener ninguna ventaja de las que creia, no he observado sino el desmayo de la tropa que tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia que han opuesto un puñado de hombres, dignos de defender mejor causa. Si á Cabrera no se le corta el vuelo, este cabecilla dará mucho que hacer á la causa de la libertad: debe el gobierno tomar medidas fuertes y enérgicas para destruirle, pues de lo contrario, aquel con el prestigio y arrojado valor tiene alucinada su gente y llena de confianza así como los pueblos. Tenemos que lamentar la pérdida del bravo coronel Zabala que ha dejado su honor bien puesto y el de las armas. Mandaré á V. E. el parte circunstanciado de la victoria en este dia para que haga de él los usos que estime convenientes.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Alloza 23 abril de 1835.—Excmo. Sr.—Agustín Nogueras.—Excmo. Sr. Capitan general de este reino.

## CAPITULO IV

Las Amezcuas

Segundo mando del general don Jerónimo Valdés.—Consecuencias militares de su campaña.—Consecuencias políticas de las mismas.—Evacuacion del Baztan.—Derrota de Descarga.—Abandono de los puntos fortificados.

La aceptada dimision del general Mina, el estado cada dia mas crítico de la guerra del Norte y la notoria debilidad de la situacion en que se encontraba el ministerio, combatido á la vez por el sentimiento de pronunciada reaccion liberal, que se habia generalizado en el país, y al que prestaban incesante y agresivo eco las oposiciones en ambos Estamentos, eran circunstancias que encarecian para los ministros las esperanzas, bastante fundadas, en el patriotismo y en las dotes militares generalmente atribuidas al caudillo de quien se esperaba diese cumplida la obra de pacificacion en la que se habian estrellado cuatro de los mas acreditados generales que contaba el ejército español.

Como con la salida de Valdés para tomar el mando del ejército del Norte y con su llegada al teatro de la guerra, coincidió el decadente estado en que hemos dicho se hallaban las facciones del Bajo Aragon antes de que las vigorizara el generalato de Cabrera; esta circunstancia y la noticia del fusilamiento de Carnicer considerado como hecho que traeria la pacificacion de las comarcas del Ebro, robustecieron la opinion de que Valdés iba á hacer una brillante campaña.

Queda anteriormente expuesto que tuvo éxito el espontá-